

ción y precipitadamente se interpuso. Ella comenzó a temblar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. El analista tuvo a bien voltear el cuadro contra la pared y efectivamente este acto la calmó. Retrocedió desconcertada y volvió a sentarse en la silla. Deshizo el cigarrillo con los dedos e inmediatamente encendió otro. Las piernas cruzadas, los hombros relajados. El analista comprendió que se serenaba.

—He leído sus artículos contra mis lentes pleocrómicos. Comprendo que se sienta defraudado. Los psicoanalistas no tendrían pacientes si se toma la neurosis por algo normal. Este es el principio psicológico de mis lentes. No se trata, como usted lo afirma, de una simple distorsión visual de las formas... el caso es que vengo a consultarlo por algo que le parecerá ridículo, como toda neurosis. Mis ojos están acostumbrados a los lentes pleocrómicos, que con ellos o sin ellos, el mundo real se me ha metamorfoseado en sombras transfiguradas. Me siento convertida en una rata ciega...

ANGEL REVILLA

## LOS INDIOS KUNAS, O EL SAN BLAS DE LUZ Y TROPICO

El mar, una cosa misteriosa. La playa, tierra muerta, un pedacito de desierto junto al agua salada. San Blas, un archipiélago donde el sol se convierte en la moneda liberatoria del indio Kuna: luz, cielo, horizontes...

Brisa marina, con suave paz. Es la medida de un mar que difícilmente altera su humor en este Golfo; de peculiar cortesía, ceremonioso con los indios y obsequioso con los turistas. Un paisaje ni bucólico ni atalayo. Simplemente eso: plácidamente marino.

San Blas y el Atlántico. Así, grande, ancho, luminoso; verdeazulado de día y verdeoscuro de noche.

Me gusta el Atlántico y por eso escucho hoy aquí tras la puerta de los siglos. Hoy el Atlántico está grande; con esa grandeza que le dan la historia y la leyenda; con la grandeza que tiene una noche de luna, cuando uno desea que haya luna...

San Blas y el Atlántico. Hoy, un mar sin voces, sin huellas, sin ojos de faro que borren en torno de sí lo que nunca encontrará.

Y entre dos islas, un cayuco. Sin canciones, silente de mar y velas, corriendo tras los lunares de espuma, con encajes de estrellas.

Sobre la arena, redes. Redes henchidas, arte y pan del indio; amigos de olas bravías y de voces broncas en otras latitudes.



San Blas y el Atlántico. La panza de una canoa duerme sueño de paz. A unos metros, chozas: perros, chiquillos, indias... Con fuerte olor a canción indígena y a poesía de "mare nostrum". Y eso sobre todo: chozas de errante estela y broche de kuna.

Por la playa, peces sin barba, peces antiguos: los que llevaron sobre sus lomos los cayucos indígenas; los que presenciaron la proeza de Balboa; los que lamieron la medida del Canal...

Escribo desde *Tiatupu* (isla del pozo), blanca arena, cal pulverizada y migas de coral. En pleno Cayo Holandés, ya de cara al Mar Caribe; de ahí el nombre de la región: *Mautí* (la más avanzada). Mil metros cuadrados, dos chozas, infinidad de caracolas gigantes, muñones de palmeras carbonizadas por el rayo: una, dos tres... hasta ocho en el espacio de cincuenta metros. Enfrente, *Panetupu*, deshabitada, productiva, cultivable, con origen de volcán milenario.

San Blas, comarca bautizada por Oviedo como "*Darién del Norte*" o "*Costa de San Blas*". Civilización frente a ancentralismo. Dos horas a motor me separan de *Narganá*, turística y acogedora.

A un costado de *Narganá*, como a siete minutos de canoa, una lengua de tierra: 113 millas de costas sanblaseñas, proyección en el mar, sombra de la selva y remanso de una fauna variada: desde las cárdenas arrieras hasta las mortíferas culebras, irreconocibles muchas veces por hacerse cuerpo de la misma naturaleza, ora sea dentro del tallo de un guineo, ora confundidas con los largos bejucos.

Ríos, numerosos ríos breves, tajantes, llanos, que bajan de los picos *Yanuyala*, *Ibedom*, *Navagantí*, *Calidonia*, *Carret*, *Cantí*, *Anachukuna*... Ríos que corren con el ímpetu de la juventud, cantan en la espesura, descansan brevemente a la sombra de un manglar y mueren enseguida estrechados por el brazo manso de la marea: *Sidra*, *Azúcar*, *Diablo*, *Tigre*, *Chucumbalí*, *Playón Chico*, *Sasardí*...

Y muchas islas. Tantas, que llegan a cuatrocientas. Diminutas, inesperadas, blancas, verdes y amarilloverdosas. Islas que se saludan unas a otras con el impersonal silencio de la brisa atlántica y el horizonte claro, ausente de civilización, con sangre de cocales. Grandes cocoteros, palmas limpias, permanentes, pan y vida, sombra y sabía del indígena. Islas con calma de indio, sabor a trópico y olor a

mar: *Narganá*, *Corazón de Jesús*, *Río Tigre*, *Tigantiki*, *Playón Chico*, *Ustupu*, *Uichuala*, *Navagantí*, *Tubulá*, *Chatinaka*, *Suitupu*, *Tupile*, *Yantupu*, *Nalu-Negra*, *Narasgan-tup-Pipigua*, *Ailingandí*, *Mulatupu*...

Según el censo del 60, la población total es de 19.343 habitantes (9.208 hombres y 10.135 mujeres), siendo las islas más pobladas: *Ustupu* (1.705 habitantes), *Mulatupu Sasardí* (1.399) y *Ailingandí* (1.353).

Los mosquitos, los animales y la selva misma traen malestar a la costa, haciéndola malsana. El indio huyó a las islas, novicias de dulzura y mendigas de cariño. Pero a la costa madre, a la montaña tierra tiene que pedir el indígena su alimentación: yuca, ñame, maíz, arroz, mamey, plátano, naranja, aguacate, mango, limón, conejo, iguana, pato, venado, pavo, paloma, ardilla, pava de monte... Excepto el pescado que se lo da el padre mar que canta por caminos de estelas veleras, con vientos sirénicos que hozan en las olas rizadas: corbina, mero, jurel, tortuga, pargo, sardina, cangrejo, langosta...

Y a toda hora, la *chocula*, chocolate del trópico, denso de cacao, marcado con la molienda, enfervorizado por el fuego y salpicado con zumo de caña, maíz y a veces café. También se toma *chicha*, la chicha mascada, ardiente y comprometedora, embriagada de maíz pilado y saliva de india; chicha nacida bajo el antiguo estilo indio, con la monotonía remansada de la indiferencia de los tiempos. Con el *madum* mueren el plátano maduro y el cacao, para nacer una nueva bebida, con antojos de chicha y reminiscencias de orujo.

El kuna se debe al mar. El mar y el cayuco son los compases de la geométrica vida del indio kuna. El cayuco remero o el velero silente: bridón marino que ayuda a labrar en el agua la faena indígena, desde la búsqueda del cotidiano alimento, hasta servir de secadero de cacao, tabaco, o ropa. Velero silente que sabe de esperas indias, compases de olas, ritmo de cantos, arrullos incitantes y noches negras.

El kuna es el viejo castillo medieval americano: tradición, historia, superstición, creencias, vestido, comida... Todo es un ayer vivido con la misma indiferencia. Solo allí donde la civilización ha despertado un poco su conciencia, no se respira el aire adormecido de los siglos. Con lengua propia y vida política apesada por las costumbres (aunque dependan del gobierno panameño), prácticamente forman los *kunas* un estado dentro de la República de Panamá. *Ságuila* (Jefe), *masargui-namaqued* (cantor de difuntos), *nele* (adivino),

médico), *kantule* (cantor que conoce los secretos buenos y malos), *cabul igal tule* (hechicero), son nombres que hablan por sí solos de una obediencia perfecta a otras leyes, con huellas de tradición inabarcable.

Las chozas indias se levantan alrededor de la isla arrulladas por el lento chapoteo de la marea y salpicadas por los canales. Huéspedes y amigas de las aguas, estas viviendas resultan frescas, y a veces húmedas. Palo de guayacán, mangle, tagua, caña brava, cedro, palma, jira, son los materiales más usados. Con dos días de trabajo se levanta una casa que puede durar varios años. En esta vivienda sobria, desnuda por dentro y oscura, el sol filtra su espuma a través de las numerosas rendijas, y saluda con su luz los últimos rincones, poniendo al descubierto hamacas, cuerdas de pescar, cestas, canales, chuzos. Su aspecto externo, fosco y quebradizo, semeja jirones desgarrados, vida nómada, incierta, sobre todo en las islas donde la civilización no ha refrescado su luminosa vida. La humedad del piso de la choza y la mala alimentación son causas frecuentes de enfermedades. La que aqueja más al indio *kuna* es la tisis: fragelo de la raza y esquite que le lleva con asombrosa rapidez. El *nele* se encarga de conocer el origen de las enfermedades y poner el remedio. Remedios muchas veces con fuerte acento a resabios de hechicería y maleficio, reclamados inexorablemente por la creencia ciega del enfermo y presentados por el *nele* bajo todos los signos de que los espíritus intervienen en la labor: amuletos, bejucos, braseros con cacao, canto monótono, canoíta con agua, cestos con hojas, raíces, huesos de tigre y dientes de culebra... Poco a poco la ciencia médica se está imponiendo y hay un cambio lento de la superstición y los brebajes por la terapéutica moderna.

El indio *kuna* pequeño, de anchos hombros, sin cuello apenas, pelo liso, nariz ancha en la base y corta de tamaño, color cobrizo, es inmutable, pacífico, tranquilo; con la tranquilidad que le da la luz de las estrellas y la sombra larga de las palmeras. Pero al mismo tiempo lleva la indolencia y falta de previsión que se origina por vivir en una tierra-tropico, donde el sol, el aire y los fenómenos atmosféricos le proporcionan casi sin esfuerzo alguno, el sustento diario. Es la indolencia que nace de esos eternos días pastorales, bucólicos, alternos entre el descanso y la despreocupación. Un poco de roza, otro de pesca o la búsqueda de vegetales y frutas es la ocupación del hombre. Y todo ello saboreado dentro del cauce feliz de la tranquilidad que da la hamaca.

La mujer india lleva sobre sí el destino de una dócil pleamar de quehaceres: además de las labores propias de su sexo, alberga también trabajos de los hombres de tal modo que rara es la hora del día que tiene libre. Visten igual mujeres que niñas; la estatura y la edad distinguen unas de otras. Prefieren colores terrosos y ocres, diluídos en contrastes de verde y amarillo. Guarda, como en un ánfora, la esencia del recato, sostén de la raza y antídoto para la mezcla con el blanco. De ahí que la mujer sea más homenajeadada que el hombre; hay grandes fiestas para conmemorar las fechas de la mujer: la perforación de la nariz al mes de nacida, la del corte del cabello, la de la pubertad y la del matrimonio. Todo ello salpicado con chicha, ron, cerveza y prolongada reunión. Fiestas en las que el indio demuestra el alto concepto que tiene de la mujer, estirpe fecunda de la raza y eslabón con la leyenda.

El *kuna* cree en los mensajes espiritistas (los *nías*). Corren por él los verdes sortilegios y las castas creencias de antepasados. Los espíritus viven en los picos de las montañas, siempre ante la vista de su Dios, y es el *nele* quien dice el número de *nías* que pueden bajar a la población. Cree también en el poder de los vientos y las tempestades. Para protegerse de las enfermedades acude a la reposada figura del *nuchu*, amuleto simple, imagen imperfecta escultóricamente. El amuleto lo saca de determinados árboles. Dios creó esas plantas para ayudar sobre los espíritus del mundo; las enfermedades están como espíritus, viven como espíritus. Y se emplea el amuleto para librarse de ese espíritu (enfermedad). Este *nuchu* es el manojito de siglos intactos, marginado ya desde hace varios años por la ribera opuesta del cristianismo. Cree en Dios a su manera; admite un Dios hombre junto a otro Dios mujer: no hay ser sin ellos dos juntos; eco de tradición indígena, mezclado con oscura y lejana enseñanza misionera de conquista, y que le transmitieron sus sabios de la ley. Los Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos) se han mezclado entre ellos; en 1907 comenzaron la siembra de cantos de esperanza, y hoy día el Vicariato Apostólico es una prueba palpable y una abundante cosecha de inquietudes católicas indias.

La actitud del indio *kuna* ante la muerte es estoica. La muerte para él es como una grieta abierta en una roca, y por la que hay que pasar. No es suplicio, ni dolor, ni calvario. Es eso: un sueño vencido y un pasaje para ver a Dios. Plañideras y familiares dan a entender, en forma de tristes tonos, el tránsito del hombre. Adornado con sus mejores ropas y pintado con el color tradicional, el cadáver es amortajado con una hamaca cosida, —también en ataúdes—, mientras el

cantor (*masargui-namaqued*) relata el tránsito de la vida a la muerte y describe los parajes que el alma recorre en el momento hasta ascender al otro mundo. . .

Así, a grandes rasgos. Esto es San Blas, el *Archipiélago de las Mulatas*, dividido en agrupaciones (Mandinga, Cartí, Narganá y Sasardí), situado a unas sesenta millas de Colón, prolongándose hasta la frontera con Colombia.

San Blas. 2.303 viviendas, libremente nacidas entre corales y arena, nido de palmeras, eco de caracola salpicada de estrellas, mar tibio y desnudo de olas, risueño campo azul por donde picotea el sol-tropical inclemente, pertinaz y agotador.

San Blas, melancólico, de cielo plomizo y agua inmisericorde. Días al margen de todo sol, con mar levemente rizado en el Golfo y coloso fuera. De truenos prolongados, ensordecedores; tempestades lentas, hurañas.

San Blas. Alboradas con sonido quejumbroso de *morbetutu* prolongado, chapoteo de canales y viento con olor a faena tempranera.

San Blas. Crepúsculos lentos, rojos, rojos violentos, rosáceos y púrpuras. Nuevos sonidos del *morbetutu* anunciador de asambleas o regreso del trabajo; islas con larga luz, sin corteza para el viento y los espíritus. Atardecer misterioso de espíritus malos que vagan por los bosques de tierra firme y acechan en la ría; de ruidos extraños que recogen al indio: *Nia be suóe* (el diablo te cogerá). Noches de estrellas, sal y quietud dominadas por largos collares de cangrejos, ahuyentadores de demonios. . .

Noches de San Blas. Hondón de la bruja *Pila* y reino de la ardiente *pila bibi*, presagio de maldad. Noches de tristísimo silencio, de ráfagas que golpean, de mágica vista lunar; y amalgama de palmeras, chozas, luz, calor, mar, espíritu, roca, sueño, bruja, viento, indio, arena, coco, sombra, ola, copra, pescado, hamaca, canoa, humedad. . .

*Tiatupu (Cayos Holandeses)*, Abril de 1963.

## ANGUS WILSON O EL NATURALISMO VICTORIANO

Terenciana en Chaucer, lapidaria en Shakespeare, paradójica en Wilde y moralista en Shaw, la sátira inglesa es más histriónica que retórica, aún en las peripecias mágicas de Alicia y de Gulliver. La pseudo-sátira o farsa social se aferra, en cambio, a la novelística. Austen, Thackeray, finalmente Waugh, la incorporan al género literario. Si género ha de ser esta transigencia irónica en salón, parque o provincia. Un tradicionalismo intrascendente la esquematiza, y un apego a lo cotidiano la proyecta más allá de su supuesta ingenuidad. Aunque en ciertos casos tal ingenuidad injertada al ensayo sería casi tan refrescante, como el escudete de prosa sobria aplicada al burbujeante humorismo de la novela. Esta idea peregrina me la inspira Angus Wilson.

Hace diez años, con ejemplar quijotismo y no menos ejemplar consagración, arremitió contra la indiferencia que actualmente circunda a Emilio Zola en un denso análisis de su obra (1). Un sincretismo metódico pareció infundirle la obligación de sintetizarla y estructurarla en atisbos sicoanalíticos, resultando una emulsión antológico-bibliográfica poco objetiva. O mejor, objetiva hasta cierto punto. Pues si es perogrullada del Sr. Wilson el complejo edipiano de Zola y el conflicto interno de su personalidad creadora, las conclusiones sobre su vida erótica resultan brumosas. Y es que las **concreta** en símbolos. La infancia es pureza. El sexo depravación. La

(1) EMILE ZOLA — By Angus Wilson — William Morrow & Company — New York — 1954.